

# TEORÍAS MODALES LINGÜÍSTICAS REFINADAS \*

JOSÉ TOMÁS ALVARADO MARAMBIO

Instituto de Filosofía.

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

RESUMEN: Este trabajo presenta y examina tres propuestas recientes para la explicación de los mundos posibles mediante construcciones lingüísticas. En la primera parte se exponen brevemente las principales dificultades y objeciones dirigidas en contra de la concepción lingüística de los mundos posibles. Luego, se discuten con cierto detalle las propuestas de Roy, Melia y Sider. En los tres casos se destaca un problema básico: las propuestas funcionan con la introducción de ciertos elementos lingüísticos (nombres extra, píxeles y cuantificadores rigiendo sobre *possibilia*) cuya función semántica nunca se comprende bien. Estos elementos lingüísticos podrían ser inteligibles si estuviese dado un dominio independiente y objetivo de hechos modales, pero los elementos se proponen precisamente para cumplir el rol de tales hechos.

PALABRAS CLAVE: modalidad, lenguaje, mundos posibles, metafísica, pluriverso.

## *Sophisticated Linguistic Modal Theories*

ABSTRACT: This work presents and discusses three recent proposals for the explanation of possible worlds by means of linguistic constructions. In the first part the main difficulties and objections leveled against the linguistic conception of possible worlds are briefly exposed. Then, the proposals of Roy, Melia and Sider are discussed with some detail. In all three cases a basic problem is pointed out: the proposals work by the introduction of certain linguistic elements (extra names, pixels and quantifiers ranging over *possibilia*) whose semantic function is never well understood. Those linguistic elements might be intelligible if there were an independent and objective realm of modal facts, but the elements are proposed precisely to play the role of those facts.

KEY WORDS: modality, language, possible worlds, metaphysics, pluriverse.

Muchos filósofos han utilizado con profusión el recurso a «mundos posibles» para la explicación de cuestiones de la más variada índole. Los mundos posibles son empleados, en primer lugar, para explicar las condiciones de verdad de enunciados modales, pero también para dar cuenta del contenido del pensamiento y del lenguaje, y para la clarificación de nociones como «superveniencia». Los mundos posibles han resultado útiles para una variedad de propósitos y esto ha sido considerado como un motivo para postularlos, tal como en matemáticas la fertilidad de la teoría de conjuntos es un motivo para aceptar la jerarquía conjuntista<sup>1</sup>. ¿Qué son, sin embargo, los mundos posibles? Parece de entrada inaceptable el realismo extremo de David Lewis para quien los mundos

---

\* Este trabajo ha sido redactado en ejecución del proyecto de investigación Fondecyt 1070339 (Conicyt, Chile).

<sup>1</sup> Para una indicación de las diferentes áreas en las que la utilización de «mundos posibles» ha resultado fructífera, cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, Oxford: Blackwell, 1986, 5-69; DIVERS, J., *Possible Worlds*, London: Routledge, 2002, 3-40. El argumento de la «utilidad» en LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 1-5.

posibles son entidades de la misma naturaleza que el mundo actual que sólo difieren de éste en el hecho de que el mundo actual es «nuestro» mundo. Si no estamos dispuestos a aceptar la ontología de Lewis, entonces debemos entregar una explicación adecuada sobre la naturaleza de esas entidades que llamamos «mundos posibles», o renunciar a ellas del todo.

Se han presentado una multitud de teorías que pretenden explicar la naturaleza de los mundos posibles respetando la intuición de que, en algún sentido, sólo existe «realmente» el mundo actual (o sólo el mundo actual es una entidad concreta). En estas teorías, usualmente denominadas «actualistas», los mundos posibles son «reducidos» a elementos del mundo actual, o bien son «construidos» a partir de tales elementos. Este trabajo tiene como objetivo el examen de ciertos desarrollos recientes de las concepciones lingüísticas de los mundos posibles<sup>2</sup>. En estas concepciones los mundos posibles son entendidos como conjuntos de oraciones de algún lenguaje, típicamente, conjuntos máximamente consistentes de oraciones. En efecto, sea un lenguaje L. En este lenguaje L viene dado un conjunto de todas las oraciones bien formuladas de acuerdo a sus reglas de formación. Un conjunto S máximamente consistente de oraciones de L es un conjunto en el que, para toda oración  $\alpha$  de L, o bien  $\alpha \in S$ , o bien  $\neg\alpha \in S$ . Esto es, un conjunto S se dice un conjunto máximamente consistente de oraciones si y sólo si  $S \cup \{\beta\}$ , para una oración  $\beta$  de L que no pertenece a S, es siempre un conjunto inconsistente. La idea general en las concepciones modales lingüísticas es que esos conjuntos máximamente consistentes *son* los mundos posibles. Se ha de tratar de gigantescas descripciones que, en el sentido que se ha apuntado, resulten «completas»<sup>3</sup>.

Estas teorías han sido sometidas a fuertes críticas, fundamentalmente por David Lewis<sup>4</sup> y por Phillip Bricker<sup>5</sup>. Hay varios trabajos recientes en los que la

<sup>2</sup> La terminología para designar este tipo de teorías es fluctuante. Lewis las denomina «ersatzismo lingüístico» (*linguistic ersatzism*), pues se trata de teorías que —desde su punto de vista— pretenden ofrecer meros «sustitutos» de los mundos posibles auténticos mediante trozos de lenguaje (cf. *On the Plurality of Worlds*, 142-165). Divers, por otra parte, habla de «realismo de libros» (*book realism*), pues los mundos vienen dados ahí como un cierto «libro» en el que se contiene una historia completa (cf. *Possible Worlds*, 178-180).

<sup>3</sup> Teorías de este tipo han sido presentadas por CARNAP, R., *Meaning and Necessity. A Study in Semantics and Modal Logic*, Chicago: The University of Chicago Press, 1956; JEFFREY, R., *The Logic of Decision*, New York: McGraw-Hill, 1965, 196-197; JACKSON, F., *A Causal Theory of Counterfactuals*: Australasian Journal of Philosophy 55 (1977), 3-21, especialmente 18; ROPER, A., *Towards an Eliminative Reduction of Possible Worlds*: Philosophical Quarterly 32 (1982), 45-59. Otras propuestas muy semejantes efectúan la reducción a proposiciones en vez de oraciones. Cf. ADAMS, R. M., «Theories of Actuality», en M. J. LOUX (ed.), *The Possible and the Actual. Readings in the Metaphysics of Modality*, Ithaca: Cornell U.P., 1979, 190-209, especialmente 204-209; LYCAN, W., «The Trouble with Possible Worlds», en M. J. LOUX (ed.), *The Possible and the Actual*, 274-316, especialmente 312-316. Por otro lado, Alvin Plantinga sostiene que los mundos posibles son estados de cosas posibles máximos, pero admite que para cada mundo existe un «libro» con todas las proposiciones verdaderas de ese mundo. Cf. PLANTINGA, A., *The Nature of Necessity*, Oxford: Clarendon Press, 1974, 45-46.

<sup>4</sup> Cf. LEWIS, D., *Counterfactuals*, Oxford: Blackwell, 1973, 84-91; *On the Plurality of Worlds*, 150-165.

<sup>5</sup> Cf. BRICKER, P., *Reducing Possible Worlds to Language*: Philosophical Studies 52 (1987), 331-355.

concepción modal lingüística se ha refinado para enfrentar estas dificultades<sup>6</sup>. Aquí se pretende examinar con cierta detención estos refinamientos. Para esto, en la primera sección se explicará el tipo de dificultades que tienen que enfrentar las teorías lingüísticas. En la sección segunda se van a examinar las propuestas de suplementar la concepción lingüística con un repertorio de nombres vacíos o de «píxeles». En la sección tercera se va a examinar la propuesta de reducir los mundos posibles mediante una única gran oración que entregue el «pluriverso» modal.

## 1. POSIBILIDADES Y CAPACIDADES DE EXPRESIÓN

Cuando se pretende explicar de manera «reductiva» a los mundos posibles, la concepción lingüística resulta especialmente atractiva. Esta concepción, en efecto, sólo utiliza el recurso a un lenguaje (esto es, elementos que funcionan como signos y construcciones conjuntistas a partir de estos elementos). Incluso los filósofos con inclinaciones nominalistas más marcadas aceptan la existencia de lenguajes. En otras concepciones modales actualistas, en cambio, la base de ontología sobre la que se parte resulta habitualmente mucho más controvertida. Algunas teorías modales, por ejemplo, tienen la pretensión de explicar la naturaleza de los mundos posibles mediante universales no instanciados, o mediante complejones de particulares y universales, o bien mediante «estados de cosas posibles» cuya naturaleza nunca queda aclarada del todo<sup>7</sup>. Muchos consideran a los universales como entidades sospechosas. Muchos también tienen pruritos en aceptar «estados de cosas» (sin hablar en particular de estados de cosas «posibles»). Frente a este panorama de desafección, la opción por oraciones de un lenguaje parece mucho más segura y tiene muchos más visos de recibir la aprobación general.

En la concepción modal lingüística resulta fundamental, por tanto, un lenguaje en el que vendrán dadas las «historias completas» o «grandes novelas» que serán los mundos posibles. ¿Cuál lenguaje? Si se utiliza el español, por ejemplo, como el lenguaje apropiado para la construcción de los mundos posibles, es obvio que surgirán dificultades inmediatas para la expresión de posibilidades que —intuitivamente— deben ser incluidas en el espacio modal. Será conveniente aquí precisar un poco más qué ha de contar como un lenguaje para estos efectos. Un lenguaje ha de consistir en: *a*) un conjunto de signos («palabras»), y *b*) un conjunto de reglas de formación para establecer qué ha de contar como una oración bien

<sup>6</sup> Cf. ROY, T., *In Defense of Linguistic Ersatzism*: Philosophical Studies 80 (1995), 217-242; MELIA, J., *Reducing Possibilities to Language*: Analysis 61 (2001), 19-29; SIDER, TH., *The Ersatz Pluriverse*: The Journal of Philosophy 99 (2002), 279-315.

<sup>7</sup> Para estas concepciones actualistas alternativas, cf. DIVERS, J., *Possible Worlds*, 169-180. Las concepciones que hacen apelación a «proposiciones» en vez de oraciones de un lenguaje también suelen enfrentarse a las sospechas de los filósofos de inclinaciones más nominalistas.

formulada. La aplicación de *b)* exige distinguir en *a)* categorías gramaticales de expresiones. Resultarán lícitas aquellas concatenaciones de signos de las categorías gramaticales adecuadas en el orden apropiado. Para esto basta pensar en ciertas construcciones conjuntistas, esto es, *n*-tuplas ordenadas de expresiones pertenecientes a ciertas clases especificadas como las categorías en cuestión. Cuáles sean estas categorías gramaticales es algo en lo que no es necesario entrar aquí. Se puede distinguir también dentro de *a)* entre nombres propios que denotan objetos o entidades individuales directamente y expresiones con las que se pueden describir estas mismas entidades. Así, un objeto puede venir dado porque éste es nombrado o porque éste es descrito. Pues bien, el idioma español está constituido por un repertorio finito de expresiones (las palabras que vienen en el diccionario) y un conjunto de reglas de formación (las que se contienen en la gramática). Mediante tales expresiones y tales reglas de formación se puede construir un conjunto infinito de oraciones bien formuladas. Las oraciones bien formuladas, a su vez, pueden conformar «historias» o «novelas» que son aquí sencillamente secuencias de oraciones bien formuladas. Utilizando el recurso indicado más arriba se puede filtrar este conjunto de secuencias de oraciones para seleccionar sólo las que sean máximamente consistentes. En estas historias «completas» (por el hecho de ser máximamente consistentes) vendrán expresadas formas alternativas en que podría estar constituida la realidad. Hay posibilidades que envuelven a entidades existentes porque las entidades en cuestión son nombradas mediante los nombres propios existentes en español y hay posibilidades que envuelven a entidades existentes (de las que no poseemos nombres en español) o no existentes (*possibilia*) mediante descripciones de tales entidades.

El problema es que los recursos expresivos que ofrecen estas «historias completas» no son suficientes. Piénsese en una región de espacio-tiempo determinada. En esta región se puede distinguir un conjunto de puntos cuya cardinalidad es la cardinalidad del continuo (sea  $\mathfrak{c}$ ). Cada uno de tales puntos puede encontrarse ocupado o desocupado, como mínimo. Luego, para una región cualquiera del espacio-tiempo es posible discernir, como mínimo, tantas posibilidades como correspondan al conjunto potencia del continuo (sea  $\mathfrak{c}^2$ ). Sucede, sin embargo, que mediante concatenaciones de un número finito de elementos se obtendrán, a lo más, un conjunto de oraciones cuya cardinalidad sea igual a la cardinalidad del conjunto potencia de  $\aleph_0$ , esto es  $\aleph_1$ . En el mejor de los casos, esto es, si es que se supone correcta la hipótesis del continuo, esto es una cardinalidad idéntica a la cardinalidad del continuo. Luego, no parecen haber oraciones suficientes para dar cuenta de una estructura física continua, por pequeña que ésta sea<sup>8</sup>. Lewis ha sostenido, sin embargo, que esta objeción puede ser dejada a un lado si es que se supone un lenguaje con recursos expresivos extendidos al máximo, explotando la libertad en que nos encontramos para utilizar cualquier cosa como signo para cualquier otra. Esto es lo que Lewis denomina un lenguaje «lagadoniano» (*lagadonian language*) en que cada entidad del mundo,

<sup>8</sup> Para este argumento cf. LEWIS, D., *Counterfactuals*, 90.

sea individuo o propiedad, es tomado como un nombre de sí mismo<sup>9</sup>. Estos elementos pueden tomarse para formar luego oraciones según reglas de formación apropiadas. Las oraciones en cuestión serán simplemente n-tuplas ordenadas. No es necesario para esto, por supuesto, que las «expresiones» se encuentren «cerca» unas de las otras. No es necesario para formar oraciones en este lenguaje lagadoniano realizar ninguna operación física particular con las expresiones. Los meros axiomas de la teoría de conjuntos bastan para garantizar la existencia de todas las oraciones bien formuladas requeridas. Si se quiere, además, se puede estipular un lenguaje infinitario en el que se puedan formar oraciones con infinitas cláusulas unidas conjuntivamente, o bien filas de infinitos cuantificadores ligando infinitas variables. Dado un lenguaje lagadoniano de este tipo desaparecen las dificultades para expresar las posibilidades envueltas en una estructura continua (como, presumiblemente, lo es el espacio-tiempo en que vivimos), pues cada punto del espacio-tiempo es ahora un nombre de sí mismo, cada propiedad que pueda tener cada punto del espacio-tiempo es también un nombre de sí misma. Por definición, entonces, en un lenguaje lagadoniano hay recursos expresivos para infinitos relatos sobre todo lo existente en cielos y tierra. Los defectos expresivos de un lenguaje natural como el español no son aquí un problema. Las teorías modales lingüísticas que se examinarán más adelante parten todas ellas del supuesto de un lenguaje lagadoniano de este tipo.

Una primera cuestión que debe aquí ser destacada es que un lenguaje lagadoniano no es, naturalmente, un lenguaje aprendible por seres con capacidades cognitivas finitas como nosotros. Un lenguaje lagadoniano exige de un hablante conocimiento de cada rincón del universo, pues sólo así podría dominar su vocabulario (recuérdese que muy probablemente está constituido por estructuras físicas continuas). Exige también comprensión de oraciones infinitamente largas (no reducibles recursivamente a una forma finita). Por supuesto, cuando se proponen las teorías modales lingüísticas utilizando el modelo lagadoniano se cree que esto es un hecho menor que se puede desatender. Tal vez, sin embargo, la situación no sea tan sencilla. Se podría tal vez argumentar que parte de nuestra noción de «lenguaje» es que algo que merezca ese nombre debe poder contribuir para la determinación de nuestras actitudes proposicionales. Después de todo el que alguna entidad llegue a ser un signo depende del hecho de que esa entidad sea *interpretada* o sea *interpretable* por algún sujeto racional como el modo de referirse a algo. Los lenguajes son índices de las creencias, intenciones y —en general— estados mentales de los sujetos que utilizan sus oraciones para efectuar actos de habla. Son herramientas para la constitución de actos intencionales. Existen en la medida en que tienen la aptitud de ser vehículo del pensamiento<sup>10</sup>. Un lenguaje que no es aprendible por seres racionales con capacidades finitas tal vez no pueda ser tomado realmente como un len-

<sup>9</sup> Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 144-147.

<sup>10</sup> Cf. WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: Crítica, 1988 (=1953), § 329.

guaje en la medida en que no puede servir como vehículo para el pensamiento de un ser racional como nosotros.

La situación puede complicarse todavía más si se recuerda que aquí se introduce un lenguaje lagadoniano para la explicación ontológica de los hechos modales. La forma en que se da cuenta de las condiciones de verdad de enunciados modales es diciendo que «hay mundos posibles en los que suceden tales y cuales cosas». Se pretende explicar después qué es un mundo posible diciendo que se trata simplemente de un conjunto de oraciones de un lenguaje. Un lenguaje es algo con lo que todos tenemos un trato ordinario frecuente. Es una entidad bien conocida y —relativamente— bien comprendida. Los mundos posibles son, entonces, historias coherentes completas sobre cómo podría ser todo y una «historia» es algo que uno puede comprender. Aquí, sin embargo, se introduce un lenguaje que no es ninguno de los que usualmente comprendemos y utilizamos y que, es más, no podemos utilizar y comprender. Resulta así misterioso cómo es que llegamos a poseer conocimiento modal, quizás tan misterioso como resulta este conocimiento en la teoría realista extrema de Lewis. En efecto, una de las finalidades que debe lograr una teoría metafísica aceptable de la modalidad es explicar cómo es que tenemos conocimiento o creencias fundadas sobre cuestiones modales (esto es, sobre mundos posibles). Si ordinariamente estamos haciendo aseveraciones modales sobre lo que podría ser, entonces la teoría metafísica modal debe ser capaz de mostrar que los hechos sobre los mundos posibles son algo con lo que nos encontramos sin demasiada dificultad en nuestro contacto cognitivo ordinario con la realidad. Cuando se hace apelación a «historias coherentes completas», en principio, se están reduciendo estos hechos modales a algo con lo que ese contacto cognitivo ordinario es obvio. Tal como se ha visto, sin embargo, las historias coherentes completas que conocemos están lejos de ser adecuadas. Los hechos modales trascienden lo que puede aparecer y ser discriminado incluso en el relato más detallado que podamos hacer. La solución a esta dificultad es transformar el lenguaje en algo que ni comprendemos ni podemos nosotros utilizar para hacer relatos. Si los mundos posibles son relatos en esa lengua de ángeles (o de dioses), entonces no se ve cómo es que nos movemos con tanta libertad al considerar situaciones contrafácticas y al postular tesis sobre la estructura modal del mundo. Todas las teorías modales lingüísticas que se van a discutir en este trabajo parten del supuesto de un lenguaje lagadoniano. Están todas ellas concentradas en otras dificultades sobre cómo se expresan hechos sobre *possibilia* y estados de cosas indiscernibles. Hay aquí, sin embargo, una dificultad que se deja a la espalda y que no ha sido tratada por ninguna de esas propuestas. Pareciera que hay sencillamente una concepción sobre los hechos modales antecedente a la que se pretende adecuar como sea algún «lenguaje». Esa comprensión antecedente no parece ser la comprensión de hechos sobre «historias coherentes completas» en una lengua olímpica y no está claro en qué consiste.

Otra cuestión general que conviene apuntar sobre las teorías modales lingüísticas basadas en lenguajes lagadonianos es que, curiosamente, estas teorías

as vienen a confluir con las concepciones modales «combinatorias»<sup>11</sup>. En estas teorías los mundos posibles vienen explicados como el resultado de una combinación coherente de todos los objetos y propiedades del mundo actual. La totalidad de combinaciones de tales objetos y propiedades para constituir estados de cosas entrega la totalidad de los mundos posibles. En una teoría combinatoria se tiene un conjunto de todos los objetos actuales  $\{a_1, a_2, \dots, a_n\}$  un conjunto de todas las propiedades  $n$ -ádicas  $\{P_1, P_2, \dots, P_n\}$  y un conjunto de todas las  $n$ -tuplas que representan los estados de cosas (atómicos) posibles  $\{\langle P_1, a_1 \rangle, \langle P_1, a_2 \rangle, \dots, \langle P_1, a_n \rangle, \langle P_2, a_1 \rangle, \langle P_2, a_2 \rangle, \dots, \langle P_2, a_n \rangle, \dots, \langle P_n, a_1 \rangle, \langle P_n, a_2 \rangle, \dots, \langle P_n, a_n \rangle\}$ . En un lenguaje lagadoniano cada objeto es un nombre de sí mismo y cada propiedad es un nombre de sí misma. Una oración, como mínimo, ha de atribuir una propiedad a un objeto y, por tanto, la estructura mínima que se puede suponer en ella es una  $n$ -tupla constituida por objetos y propiedades de la misma forma en que aparecen estos en la teoría modal combinatoria. No se puede suponer, sin embargo, que la estructura de un lenguaje lagadoniano vaya a replicar exactamente la estructura en la teoría combinatoria sin mayor claridad sobre cuál sería su gramática. Es razonable pensar que hay muchas gramáticas diferentes para constituir lenguajes lagadonianos que poseen todos ellos los mismos nombres. Por ejemplo, puede haber gramáticas que introducen una «cópula» y otras que no. La semejanza estructural, sin embargo, entre la teoría combinatoria y la teoría lingüística lagadoniana sigue siendo notable, pues, dejando a un lado las diferencias gramaticales que puedan presentar diferentes lenguajes lagadonianos, las dificultades que enfrentan las teorías modales que descansan en ellos son las mismas dificultades que tienen que enfrentar las concepciones modales combinatorias. Será conveniente considerar ahora cuáles son esas dificultades.

### 1.1. *Modalidad primitiva*

Lewis ha puesto de relieve que las concepciones modales lingüísticas incluso cuando hacen uso de lenguajes lagadonianos deben apelar a nociones modales no analizadas. Las modalidades no son, por tanto, «reducidas» en esta concepción sino simplemente tomadas como primitivas<sup>12</sup>. Esta remisión implícita a una modalidad no reducida se efectúa por la utilización de las nociones de consistencia y de «representación implícita». Esto contrasta con lo que sucede en la teoría realista extrema del mismo Lewis en la que las modalidades son completamente reducidas a los hechos sobre los «mundos posibles» (tal como los entiende Lewis). En efecto, cuando se sostiene que un mundo posible es un conjunto máximamente consistente de oraciones de un lenguaje (lagadoniano)

<sup>11</sup> La teoría modal combinatoria más conocida es la presentada por ARMSTRONG, D. M., *A Combinatorial Theory of Possibility*, Cambridge: Cambridge U.P., 1989; también SKYRMS, B., *Tractarian Nominalism*: *Philosophical Studies* 30 (1976), 323-332.

<sup>12</sup> Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 150-157; BRICKER, PH., *Reducing Possible Worlds to Language*, 338-340.

se está diciendo que esas oraciones *pueden* ser verdaderas todas ellas conjuntamente. Es efectivo que esta noción de consistencia se suele reflejar desde el punto de vista sintáctico en la prohibición de que se incluyan conjuntamente oraciones de la forma ' $\alpha \wedge \neg\alpha$ ' en el conjunto en cuestión, pero esto es *porque* nada puede satisfacer conjuntamente esas dos oraciones. Por otra parte, un conjunto de oraciones puede representar implícitamente que, por ejemplo, «Micifuz es un gato» si es que se deduce de las oraciones del conjunto en cuestión que Micifuz es un gato, aún cuando no contenga expresamente la oración «Micifuz es un gato». ¿Qué significa que se «deduce» algo? Nuestra comprensión ordinaria de esta noción es también modal. Se dice que B se deduce de un conjunto de premisas  $\{A_1, A_2, \dots, A_n\}$ , si es que no es *posible* que  $A_1, A_2, \dots, A_n$  sean todas ellas verdaderas y B sea falsa. Las nociones sintácticas de derivación asociadas dependen a su vez de estas intuiciones modales. Es cierto también que los problemas de la representación implícita podrían resolverse tratando de expandir al máximo los conjuntos de oraciones con lo que la función de tal representación implícita se reduciría al mínimo. Esto, sin embargo, amplifica el problema de consistencia para ese conjunto de oraciones. Si, por otro lado, se quiere reducir el problema de consistencia haciendo que los conjuntos de oraciones sean más pequeños, entonces se amplifica el problema de la representación implícita.

Existen, además, otras áreas en las que la modalidad no parece poder ser reducida. Por ejemplo, podría ser que un requerimiento que deberían satisfacer todos los mundos posibles es que nada en ellos tenga carga electromagnética positiva y negativa al mismo tiempo. Este podría ser un rasgo necesario del mundo. ¿Cómo se va a recoger esta exigencia en los conjuntos máximamente consistentes de oraciones? El par de oraciones «b tiene carga positiva» y «b tiene carga negativa» es formalmente consistente. Desde un punto de vista estrictamente formal no es una contradicción atribuir a 'b' carga negativa y positiva. Si se impone la restricción de que ningún conjunto máximamente consistente de proposiciones debe contener oraciones que atribuyan al mismo objeto carga positiva y negativa, ello sucederá porque se estima que esto es un rasgo necesario del mundo. Lo que aquí se indica respecto de la carga electromagnética es también aplicable a muchas otras áreas, no sólo relacionadas con las leyes naturales. Piénsese, por ejemplo, en la necesidad de origen. Si realmente son esenciales a un objeto sus condiciones de origen, entonces ningún conjunto máximamente consistente de oraciones deberá asignar condiciones de origen a un objeto diferentes de aquellas que le son asignadas en los otros mundos posibles. Es obvio, sin embargo, que no es formalmente inconsistente atribuir a un objeto dos orígenes diferentes, por más verosímil que parezca la necesidad de origen como tesis filosófica. Por otra parte, destaca Lewis que en estas historias completas en un lenguaje lagadoniano deberá asegurarse que exista una concordancia entre las descripciones de nivel más básico con las descripciones de nivel macroscópico. La existencia de una silla en esta habitación puede describirse mediante el enunciado «hay una silla en esta habitación» o se puede hacer



indicando la posición y el *momentum* de cada partícula que compone esa silla y sus alrededores. Parece razonable pensar que los hechos sobre la existencia y localización de las sillas es superveniente a los hechos sobre la posición y el *momentum* de grupos de partículas. La descripción completa mediante un lenguaje lagadoniano debe asegurarse de que las correlaciones entre las descripciones micro y las descripciones macro sean las adecuadas. Nuevamente, esto no es una cuestión meramente formal. No es, en efecto, formalmente una inconsistencia decir que «hay una silla en la habitación» y decir que «tales y cuales partículas se encuentran en la ubicación  $p$  y tienen el *momentum*  $m$ ». Las restricciones que se impongan aquí tienen su origen en la forma en que la estructura modal del mundo sea concebida.

Esta objeción, sin embargo, no ha causado gran preocupación en los filósofos actualistas que han propuesto teorías modales lingüísticas<sup>13</sup>. Por supuesto, si la finalidad es reducir la modalidad completamente a hechos de un carácter no modal, entonces parece claro que los conjuntos máximamente consistentes de oraciones serán de entrada ineptos para la tarea, pero no se ve por qué el filósofo actualista debería efectuar una «reducción» de los hechos modales. Las nociones modales conforman una familia que probablemente no sea reducible desde fuera de ella, ni sea posible reducir toda la familia a un único concepto en ella que sea básico respecto de los restantes, al menos no sin circularidad manifiesta. Esto no impide, sin embargo, que se pueda realizar una dilucidación en la que se explore la forma en que las diferentes nociones se encuentran vinculadas sistemáticamente entre sí. La exploración de estas vinculaciones o conexiones sistemáticas es la forma de precisar su contenido. Cuando se utilizan conjuntos de oraciones máximamente consistentes para explicar la naturaleza de los mundos posibles se debería tomar esto como una dilucidación del dominio de lo modal y no como una reducción. La situación, sin embargo, en este tipo de teoría modal actualista es diferente de lo que sucede en otras concepciones. Cuando un filósofo sostiene que los mundos posibles son «estados de cosas posibles máximos»<sup>14</sup> o «propiedades estructurales máximas»<sup>15</sup>, éste puede confiar en que los «estados de cosas» o las «propiedades» tienen inscritas dentro de sí mismas ciertas características modales. Las restricciones análogas que deban imponerse en sus construcciones pueden tomarse tranquilamente como formas de explicitar el contenido modal que ya está dado en las cosas mismas (y estas «cosas» son estados de cosas o propiedades). En el caso de los conjuntos máximamente consistentes de oraciones lagadonianas no parece, en cambio, tan plausible sostener que —de alguna manera— las restricciones modales están inscritas en las oraciones mismas. La expresión «carga electromagnética negativa» no parece tener en sí ningún contenido modal particular

<sup>13</sup> Con la excepción de ROY, T., *In Defense of Linguistic Ersatzism*, 233-237.

<sup>14</sup> Cf. PLANTINGA, A., *The Nature of Necessity*, 44-51.

<sup>15</sup> Cf. STALNAKER, R. C., «Possible Worlds», en *Ways a World Might Be. Metaphysical and Anti-Metaphysical Essays*, Oxford: Clarendon Press, 2003, 25-39; FORREST, P., *Ways Worlds Could Be*: Australasian Journal of Philosophy 64 (1986), 15-24.

aparte del que le corresponde como tipo de grafema o fonema. Ésta es también, al parecer, una cuestión que los defensores del punto de vista lingüístico han dejado a su espalda. Con todo, dado que la atención de estos filósofos se ha puesto en otras dificultades, se van a discutir de manera especial aquí los refinamientos que tienen que ver con ellas.

## 1.2. *Capacidad descriptiva*

Un tipo de dificultades que ha recibido mucha más atención es el que tiene que ver con las capacidades expresivas que es razonable suponer en un lenguaje lagadoniano<sup>16</sup>. Hay aquí dos grandes cuestiones que, tal como se verá, se encuentran íntimamente vinculadas entre sí. Un primer problema tiene que ver con individuos o entidades indiscernibles entre sí. En la concepción modal lingüística los mundos posibles son identificados con conjuntos de oraciones, esto es, con descripciones. Por supuesto, uno podría aquí aducir que en nuestros lenguajes hay indexicales y nombres que se refieren de manera no descriptiva a sus referentes. El problema es que estos recursos no están abiertos para entidades que no existen en el mundo actual. Un lenguaje lagadoniano tiene nombres para cada entidad existente y se puede suponer que esos nombres funcionan tal como la teoría de la referencia directa dice que funcionan, pero estos recursos quedan cortos cuando se trata de entidades posibles no actuales. Las posibilidades que envuelven a esas entidades sólo pueden venir dadas descriptivamente. Pues bien, parece perfectamente posible que existan entidades indiscernibles entre sí, esto es, entidades que satisfacen exactamente las mismas descripciones<sup>17</sup>. No parece haber nada objetable en un mundo posible en el que existan dos esferas perfectas de acero inmóviles a cierta distancia entre sí y nada más. Tampoco parece haber nada objetable en un mundo posible en el que el mismo ciclo de eventos se repita indefinidamente en el tiempo una y otra vez. Si se selecciona a cierto individuo en uno de esos ciclos porque satisface una descripción o un conjunto de descripciones por complejas que éstas sean, se encontrará una secuencia de individuos que van a satisfacer exactamente la misma descripción o conjunto de descripciones. ¿Cómo se van a discriminar las posibilidades que envuelven a estos diferentes individuos? En la concepción lingüística los mundos posibles son los conjuntos de oraciones. Toda la realidad de las diferentes posibilidades es lo que viene dado en esos conjuntos de oraciones. Si los conjuntos de oraciones no pueden discriminar entre posibilidades diferentes, es que *realmente* no hay posibilidades diferentes.

Tal vez podría alguien aquí aducir que no hay ninguna dificultad especial en la existencia de estas entidades indiscernibles. Si se desea una multiplicidad de entidades indiscernibles, entonces puede introducirse en el lenguaje lagado-

<sup>16</sup> Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 157-165. También BRICKER, PH., *Reducing Possible Worlds to Language*, 349-353.

<sup>17</sup> Para una exposición clásica sobre esta cuestión, cf. BLACK, M., «The Identity of Indiscernibles», en J. KIM - E. SOSA (eds.), *Metaphysics. An Anthology*, Oxford: Blackwell, 1999, 66-71.

niano una multiplicidad de expresiones, por ejemplo, los números naturales y asignársele cada uno de ellos a cada una de las entidades indiscernibles entre sí. Contesta a esto, sin embargo, Lewis:

«Pero la multiplicidad no era todo lo que quería. Ésta es una multiplicidad irrelevante. Tenemos la infinidad de nuevas representaciones, difiriendo entre sí por los enteros introducidos en ellas; y poseemos la infinidad de posibilidades diferentes que deben ser reconocidas. Pero las múltiples representaciones no representan las múltiples posibilidades de manera no ambigua, uno-a-uno. Más bien, cada una de las nuevas representaciones es ambigua en relación con todas las múltiples posibilidades, tal como la representación original lo era. Nada se ha ganado»<sup>18</sup>.

Sostiene Lewis que una «mera» multiplicidad no basta para la representación de la multiplicidad de posibilidades diferentes si es que no hay una forma de discriminar entre las posibilidades en cuestión, esto es, si es que los nuevos elementos introducidos en el lenguaje lagadoniano y en las historias completas no pueden correlacionarse de una manera precisa con las posibilidades consideradas. Este problema será llamado aquí el «problema de la indiscernibilidad».

Otra dificultad, en cambio, tiene que ver con el hecho de que el lenguaje lagadoniano sólo posee nombres para entidades existentes. Cada individuo (objeto o evento) del mundo actual es un nombre de sí mismo y cada propiedad (sea monádica o poliádica) es un nombre de sí misma. ¿Qué sucede, sin embargo, con las entidades posibles no actuales (*possibilia*)? Este problema aparece respecto de los individuos y de las propiedades. Piénsese, en primer lugar, en un individuo posible no actual. Dado que los nombres que poseemos para designar individuos están limitados a la designación de los individuos actuales, no tenemos ningún nombre para designar a esa entidad posible. Por supuesto, podría mencionarse ese individuo mediante una descripción identificatoria o mediante un racimo de descripciones identificatorias, pero es obvio que hay muchos individuos que podrían satisfacer tales descripciones (luego, hay mundos posibles en los que muchos individuos satisfacen las mismas descripciones). ¿Cómo se pueden discriminar las posibilidades que les conciernen? Como en la concepción modal lingüística los hechos modales son hechos sobre conjuntos de oraciones y en esos conjuntos de oraciones no se pueden discriminar individuos posibles no actuales que satisfacen las mismas descripciones, entonces debería decirse que realmente no son posibles los individuos no actuales que satisfagan las mismas descripciones. Nuestra intuición, sin embargo, parece atestiguar que esto sí es posible y, por tanto, que la teoría modal lingüística es inadecuada<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 158.

<sup>19</sup> Lewis indica que esto no es un problema que realmente le preocupe porque depende de la postulación de individuos que sólo se diferencien por su *haecceitas* o «esto-idad» (esto es, poseen idénticas propiedades universales intrínsecas, pero son, sin embargo, diferentes), pero él no admite *haecceitates*. El problema es agudo, sin embargo, para quienes sostienen que la identidad de un objeto depende de un componente «incomunicable» de ser sí mismo.

Un problema semejante aparece respecto de las propiedades. En principio un lenguaje lagadoniano posee un nombre para cada propiedad existente, a saber, la propiedad misma. ¿Qué sucede, sin embargo, respecto de las propiedades que no se encuentran instanciadas en el mundo actual o «extranjeras» (*alien*)? No hay un nombre para tales propiedades, pero podrían —tal vez— venir dadas mediante descripciones, tal como se ha postulado para los individuos posibles no actuales. El tipo particular de descripciones que ha sido postulado para las propiedades son las llamadas «oraciones Ramsey». En efecto, la forma de especificar una propiedad es cuantificar existencialmente una oración en la que las variables ligadas por ese cuantificador son variables de predicado. Por ejemplo, sea que:

$$\forall x \exists y (Fx \rightarrow Rxy) \quad [1]$$

Esto es, que si algo cae bajo F, entonces hay un y con el que tiene la relación R. Aquí puede especificarse la propiedad F como exactamente aquella propiedad tal que, si algo cae bajo ella, entonces ese algo estará en la relación R con algún y, según aparece de esta oración de tipo Ramsey:

$$\exists X [\forall x \exists y (Xx \rightarrow Rxy)] \quad [2]$$

Esto puede parecer un procedimiento muy pobre para fijar el contenido de una propiedad, pero si la propiedad en cuestión entra en un plexo de relaciones complejas con otras propiedades con la que se encuentra conectada nomológicamente, entonces el procedimiento puede parecer más plausible. Varias propuestas, por lo demás, han sostenido que las condiciones de identidad de una propiedad vienen dadas exactamente por las relaciones causales a que da lugar la posesión de tal propiedad<sup>20</sup>. Así, podría parecer que una propiedad extranjera puede venir dada descriptivamente si es que podemos fijar la oración Ramsey para esa propiedad (o el conjunto de oraciones Ramsey). Aunque no sea una propiedad instanciada en el mundo actual, podríamos saber qué propiedad es si es que sabemos en qué conexiones sistemáticas se encuentra con las otras propiedades. Lewis, sin embargo, rechaza que las conexiones nómicas sean esenciales a una propiedad<sup>21</sup>, por lo que este modo de fijar una propiedad es para él claramente insuficiente. Las propiedades podrían intercambiar roles en mundos posibles diferentes y ello sería algo que nuestras descripciones —incluso en un lenguaje lagadoniano— no podrían capturar.

Independientemente de la opinión que pueda merecer el carácter esencial de las conexiones nómicas para una propiedad, sin embargo, existe otra dificultad.

---

Aquí se asume una postura que no rechaza de entrada las *haecceitates*. Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 158-159; el rechazo de las *haecceitates* en 220-248; para una defensa de las *haecceitas*, ADAMS, R. M., «Primitive Thisness and Primitive Identity», en J. KIM - E. SOSA (eds.), *Metaphysics. An Anthology*, 172-183.

<sup>20</sup> Cf. SHOEMAKER, S., «Causality and Properties», en D. H. MELLOR - A. OLIVER (eds.), *Properties*, Oxford: Oxford U.P., 1997, 228-254; ARMSTRONG, D. M., *Universals and Scientific Realism*, Cambridge U.P., 1978, vol. 2, 43-52.

<sup>21</sup> Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 162-163.

Una propiedad extranjera vendría dada mediante el conjunto de las conexiones nómicas en las que esa propiedad entra. Esto es, la propiedad se fija por su relación con las restantes propiedades. El procedimiento de Ramsey debe verse de manera análoga a la forma de despejar la incógnita en una ecuación en la que, dadas ciertas magnitudes conocidas, es posible inferir mediante los pasos algebraicos adecuados la magnitud desconocida. Aquí los parámetros conocidos deberían ser las propiedades con las que la incógnita extranjera tiene ciertas relaciones nómicas especificadas. El problema es que las propiedades mediante las que se pretende fijar una propiedad extranjera pueden perfectamente ser ellas extranjeras. En otras palabras, el procedimiento de Ramsey funcionaría sólo en el caso en que la propiedad extranjera que se quisiese fijar tuviese relaciones nómicas sólo con propiedades ya conocidas (por estar instanciadas en el mundo actual) o sólo con propiedades cuyo contenido pueda ser fijado sólo con propiedades conocidas (por estar instanciadas en el mundo actual). El problema es que así como puede haber una propiedad extranjera pueden haber también relaciones nómicas desconocidas entre propiedades extranjeras. Para estas propiedades los recursos expresivos de un lenguaje, incluso lagadoniano, son insuficientes. Si se desea insistir a todo evento en la concepción lingüística, entonces habrá que declarar como imposibles a tales propiedades extranjeras, pero eso va contra nuestras intuiciones modales<sup>22</sup>.

Nuevamente aquí se podría pensar que la dificultad se resolvería si es que se multiplican los recursos expresivos del lenguaje lagadoniano, por ejemplo, mediante el conjunto de los números naturales. Cada mundo descrito mediante el procedimiento de Ramsey puede ser asociado con un número natural para dar cuenta de la multiplicidad de propiedades indiscernibles por este procedimiento. Pero apunta Lewis:

«[La] multiplicidad no era todo lo que quería. Ésta parece una multiplicidad irrelevante. Tenemos la infinidad de nuevas representaciones, difiriendo ahora por los enteros incluidos en ellas; y tenemos la infinidad de posibilidades, difiriendo por la permutación de propiedades extranjeras, que debe ser aceptada. Pero la multitud de representaciones no representa la multitud de posibilidades de manera no ambigua, uno-a-uno. Más bien, cada una de la multitud de nuevas representaciones es ambigua respecto de la multitud de posibilidades, exactamente como la representación original lo era. No se ha ganado nada»<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Una cuestión colateral aquí es la de determinar qué concepción metafísica se va a adoptar sobre la naturaleza de las propiedades. Hay varias concepciones en disputa y cada una de ellas tiene diferentes implicaciones para la metafísica modal. Por ejemplo, si se sostiene que hay universales trascendentes que existen por igual en todos los mundos posibles, entonces no hay ningún problema con las propiedades extranjeras, pues ellas vendrán dadas de inmediato en el lenguaje lagadoniano. Es más plausible pensar aquí que cuando se habla de propiedad se habla o bien de un universal inmanente, tal como los defiende Armstrong (cf. *Universals and Scientific Realism; Universals. An Opinionated Introduction*, Boulder: Westview, 1989), o bien de una clase de tropos semejantes [cf. CAMPBELL, K., «The Metaphysics of Abstract Particulars», en D. H. MELLOR - A. OLIVER (eds.), *Properties*, 125-139].

<sup>23</sup> LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 163-164.

## 2. NOMBRES Y PÍXELES

La dificultad fundamental que han tenido en vistas las propuestas recientes de teorías modales lingüísticas ha sido la que tiene que ver con las capacidades de expresión para dar cuenta de mundos posibles en los que sean dadas entidades indiscernibles por lo que respecta a las propiedades que estas entidades posean (y que puedan venir expresadas en una descripción). Es obvio que para las entidades del mundo actual hay ya nombres propios —si es que el lenguaje es lagadoniano— por lo que no se requiere describir estas entidades para expresar los hechos modales en los que se ven envueltas. El problema se hace agudo con entidades posibles no actuales, ya sean individuos o propiedades, pues estas entidades sólo pueden ser dadas mediante una descripción, ya que no poseemos nombres para designarlas.

Hay que hacer notar, antes de pasar a considerar con detención las propuestas de Roy y de Melia, que para el defensor de mundos posibles lingüísticos existe una salida diferente para las aporías planteadas por Lewis y Bricker. Las dificultades sobre entidades posibles no actuales indiscernibles surgen porque se asume de entrada que los mundos posibles son «entidades completas» en las que cada estado de cosas que se dé en ellos tiene que estar perfectamente especificado hasta el más leve detalle. Las «reducciones» que se hagan de los mundos posibles deben respetar esta idea. En el caso del realismo modal extremo de Lewis esto está garantizado de entrada pues los mundos posibles son entidades tan «concretas» como el mundo actual<sup>24</sup>. Se consigue, así, de inmediato el máximo de determinación para los hechos modales pero esto tiene el costo ontológico de postular una totalidad de entidades que se estrella contra la incredulidad generalizada. Una ontología más aceptable, como lo es la ontología a la que apelan las teorías modales lingüísticas, hace más pesada la tarea de conseguir una totalidad de hechos modales perfectamente determinada. Como se puede apreciar, la situación podría ser vista como la búsqueda de cierto «equilibrio reflexivo» entre los costos y beneficios de las diferentes formas de enfocar el problema de la modalidad. Así, si se quiere, los problemas que enfrentan las teorías modales lingüísticas sobre capacidades de expresión de los lenguajes mediante los que se constituyen los hechos modales deben ser vistos como el precio de una ontología modal más aceptable. Pues bien, el defensor de estas teorías lingüísticas podría también aquí sostener que los mundos posibles no deben ser vistos como «entidades completas». Los hechos modales son hechos constituidos por conjuntos máxima-

<sup>24</sup> Lewis ha expresado dudas sobre si deban caracterizarse los mundos posibles que él postula como «concretos» fundamentalmente por las dificultades de precisar qué ha entenderse por «concreto» en oposición a «abstracto». Hay diferentes formas de efectuar la distinción y no según todas ellas caen los mundos posibles lewisianos en el lado de lo concreto (cf. *On the Plurality of Worlds*, 81-86). Aquí se va a asumir, sin embargo, que en un sentido intuitivo y aceptable de «concreto», los mundos posibles lewisianos son concretos.

mente consistentes de oraciones en un lenguaje (uno lagadoniano, por ejemplo) en el que, naturalmente, las situaciones que envuelven entidades no actuales vendrán dadas sólo descriptivamente. Esto deja abierto siempre un margen más o menos amplio para formas en que pueden ser realizadas tales descripciones, pero no tenemos otro acceso diferente para lo posible no actual. Piénsese en cómo nos son dadas las entidades ficcionales. Toda la «realidad», si se quiere, de un personaje de ficción como el Quijote de la Mancha o Hamlet es la descripción de tales personajes entregada por los autores respectivos de esas obras literarias. No tenemos y no podríamos tener un acceso por «familiaridad» con tales entidades. Las descripciones de Cervantes o Shakespeare dejan abierto un amplio margen para formas en que los hechos sobre el Quijote o Hamlet pudiesen ser completados, pero esto no impide que —de alguna manera— sea dada tal entidad ficcional (es indiferente para lo que sabemos del Quijote si es que comió lentejas en su quinto cumpleaños o no, y esto significa que habría entidades posibles no actuales que podrían cumplir el rol del Quijote pero que se diferencian entre sí por comer o no comer lentejas en su quinto cumpleaños). Las entidades ficcionales son «incompletas», pero esto no parece importar. Tal vez éste sea el modelo que deba seguirse como un modelo general para los *possibilia*: sostener que no hay hechos sobre tales entidades por sobre lo que entregan nuestras descripciones más detalladas.

Una motivación importante, sin embargo, para que los filósofos defensores de alguna forma de teoría modal lingüística no se hayan sentido inclinados a adoptar «mundos posibles incompletos» es el hecho de que ello implicaría una concepción anti-realista de los hechos modales. En efecto, estos filósofos han buscado de una u otra manera suplementar los lenguajes lagadonianos para que los hechos modales resulten «completos». Cuando se consigue «completar» los hechos modales de este modo se consigue que todos los enunciados modales resulten determinadamente verdaderos o falsos de acuerdo a su relación con el dominio objetivo de hechos modales. La diferencia con Lewis es que mientras éste piensa que tales hechos modales es una totalidad de entidades «concretas» tal como nuestro mundo, aquél cree que la totalidad de mundos posibles es simplemente una totalidad de «historias completas». Usualmente las teorías modales actualistas en todas sus formas han pretendido ser teorías realistas en la que se explique la naturaleza de un dominio objetivo de estados de cosas modales que funcione como aquello que hace verdaderas (o falsas) determinadamente a todos los enunciados modales (*truthmakers*). En una concepción anti-realista, en cambio, los hechos modales han de estar constituidos en parte por contribuciones de nuestros propios estados cognitivos, nuestras propias creencias, o las descripciones que hacemos o que podemos hacer, y esto arroja la consecuencia inmediata de que no todos los enunciados modales que puedan ser considerados tendrán hechos o estados de cosas que puedan hacerlos determinadamente verdaderos o falsos. En una concepción anti-realista típicamente falla la validez irrestricta de la ley lógica de tercio excluso para las proposiciones del dominio de que se trate, si es que no existe un procedimiento de decisión efec-

tivo para estas proposiciones<sup>25</sup>. En este caso, una concepción modal lingüística que sólo admita hechos modales para lo que puede ser descrito por nosotros en algún lenguaje —incluso lagadoniano— sería una concepción en la que la medida de la realidad modal vendría tasada por nuestras limitaciones expresivas. Se trataría de una concepción anti-realista sobre la modalidad. Si un filósofo tiene inclinaciones realistas, al menos sobre los hechos modales, se sentirá también inclinado —como es natural— a buscar la forma de dar cuenta de mundos posibles «completos».

### 2.1. *La teoría de Roy*

Las propuestas de Roy y de Melia son intentos de «completar» las historias posibles para conseguir *truthmakers* de todos los enunciados modales en algún tipo de oraciones de un lenguaje lagadoniano. Comentando los casos típicos de objetos indiscernibles (como las dos esferas de acero de Black), apunta Roy:

«Me parece que uno debería tener suspicacia de entrada respecto del alegato que las historias no pueden representar tales individuos [indiscernibles]. Tomando un ejemplo familiar, supóngase que se me presentan dos esferas indiscernibles A y B; al parecer, puedo relatar una historia de acuerdo con la cual nada sino A y B existe, una historia en la que nada sino A existe, etc. Tales ejemplos sugieren la respuesta inicial obvia de que objetos cualitativamente indiscernibles pueden ser diferenciados entre sí dándoles nombres distintos»<sup>26</sup>.

En el caso de un mundo posible en el que se presentan, por ejemplo, infinitos ciclos de eventos indiscernibles entre sí que recurren una y otra vez, sería posible distinguir las entidades de los diferentes ciclos mediante un acto de nominación, tal como se puede describir perfectamente un mundo posible en el que hay dos esferas indiscernibles entre sí, sean A y B, por ejemplo. La hipótesis de Roy es que se puede resolver el problema de las capacidades expresivas mediante la adición de una multitud indefinidamente grande de nombres arbitrarios para designar a las entidades posibles no actuales con independencia del hecho de que puedan o no venir dadas tales entidades mediante descripciones. Sostiene Roy:

«Pienso que estas objeciones [sobre las capacidades de expresión] pueden ser bloqueadas apelando a nombres arbitrarios ocupando el lugar de los individuos no actuales.  $L_1$  [el lenguaje inicial para construir los mundos posibles] no tiene nombres para individuos “extra”. Por tanto, introduzcamos un lenguaje  $L_2$  en donde, por ejemplo, el par constituido por la letra ‘N’ y cualquier cosa es un nombre para esa cosa, y el par de ‘n’ y cualquier cosa es un nombre para un individuo “extra” (por lo que  $L_2$  tiene tantos nombres para individuos extra como conjuntos existan:  $\langle n, \phi \rangle$ ,  $\langle n, \{\phi\} \rangle$ , etc.). Ahora bien, donde

<sup>25</sup> Para una formulación de este contraste entre concepciones realistas y anti-realistas, cf. DUMMETT, M., «Realism», en *Truth and Other Enigmas*, Cambridge, Mass.: Harvard U.P., 1978, 145-165.

<sup>26</sup> Roy, T., *In Defense of Linguistic Ersatzism*, 226.



'a' no nombra a ningún individuo actual, podemos contar una historia de acuerdo a la que 'a' cumple el rol  $x$  y otra de acuerdo con la que 'a' cumple el rol  $y$ . Se puede generalizar, entonces (sobre 'a'), para llegar a la conclusión de que pudo haber un individuo cumpliendo el rol  $x$  tal que pudo haber cumplido el rol  $y$ »<sup>27</sup>.

El lenguaje  $L_1$  indicado aquí por Roy es un lenguaje lagadoniano en el que los nombres se construyen como pares ordenados de la letra mayúscula 'N' y cualquier cosa para designar esa misma cosa. El lenguaje  $L_2$  difiere de  $L_1$  en que posee un repertorio de nombres para designar entidades posibles no actuales. Por ejemplo, podría ser un conjunto de pares ordenados en que aparece la letra minúscula 'n' y luego los números naturales, o los números reales. Por supuesto, también puede ser el par ordenado integrado por 'n' y cualquier cosa, como un conjunto, tal como aparece en el texto de Roy. Hay varios puntos que merecen discusión en relación con esta teoría. En primer lugar interesa considerar en qué sentido los elementos introducidos por Roy merecen ser denominados «nombres». En segundo lugar, interesa considerar si es que la sencilla teoría de Roy logra satisfacer el requerimiento puesto por Lewis, esto es, el requerimiento según el cual los nuevos elementos introducidos deben ser capaces de designar de manera no ambigua a las diferentes entidades posibles no actuales.

En cuanto al primer punto, conviene destacar que existe una concepción relativamente precisa sobre qué es un nombre propio que ha sido aceptada generalmente. Esta misma concepción se aplica bastante bien, por lo demás, para explicar el comportamiento semántico de los nombres comunes. Esta concepción conocida como la «teoría de la referencia directa» introduce un elemento indexical ineliminable en los nombres, alejando su contenido semántico de las antiguas teorías descriptivistas<sup>28</sup>. Por supuesto, estas acotaciones requerirían mucha más precisión. Lo que interesa apuntar aquí, sin embargo, es que de acuerdo a esta concepción generalmente aceptada, es bastante dudoso atribuir a los elementos adicionales introducidos por Roy el carácter de «nombres». Un nombre es una expresión que surge como el modo de hacer referencia a un objeto con el que ha de existir cierta «familiaridad». Por supuesto, para que el objeto denotado pueda ser identificado se requiere alguna concepción sobre el objeto por parte de quien efectúa el bautismo inicial y después por parte de quienes utilizan el nombre. Esta concepción —dada mediante un conjunto de descripciones que se estiman verdaderas del objeto—, sin embargo, no es esencial al

<sup>27</sup> Roy, T., *In Defense of Linguistic Ersatzism*, 228; se desarrollan después los detalles formales de la propuesta en 228-233 que no interesan aquí.

<sup>28</sup> Cf. KRIPKE, S., *Naming and Necessity*, Oxford: Blackwell, 1980; PUTNAM, H., «The Meaning of "Meaning"», en *Mind, Language and Reality*, Cambridge: Cambridge U.P., 1975, 215-271. La teoría de la referencia directa ha sido resistida por autores como el mismo David Lewis pero fundamentalmente porque en la metafísica modal de Lewis no tiene sentido algo así como un «designador rígido», esto es, una expresión que denota al mismo individuo en todos los mundos posibles. La resistencia no se debe a que se posea una alternativa descriptivista aceptable.

nombre, es variable de usuario a usuario y es variable en un mismo usuario entre diferentes instantes de tiempo. Lo único que es esencial a un nombre es el hecho de mantener la misma referencia a través de todas las transmisiones de uso. Pues bien, aquí Roy ha introducido un conjunto de elementos y los ha denominado «nombres» de entidades posibles no actuales. ¿En qué sentido son nombres? Esto es, ¿cuál es el valor semántico de estos nombres? ¿Qué es lo que están denotando? Si se trata de un nombre propio ordinario como «Micifuz» estas preguntas tienen respuestas conocidas. El nombre «Micifuz» denota al gato Micifuz y el valor semántico del nombre es la contribución que efectúa para la determinación del valor de verdad de las oraciones en las que la expresión aparece. Estas oraciones, en efecto, serán verdaderas en caso de que lo que le atribuyen al gato Micifuz sea verdadero de él y falsas en caso contrario. Cuando se trata de *possibilia*, en cambio, es bastante oscuro qué respuestas puedan darse a estas preguntas. No habría tantas dificultades, por supuesto, si es que tuviésemos una teoría modal bien desarrollada en la que hubiese una explicación independiente sobre la naturaleza de los *possibilia*. Los «nombres» extra de Roy serían nombres que estarían denotando *esas* entidades. Sucede, sin embargo, que aquí se pretende precisamente explicar la naturaleza ontológica de los mundos posibles y de sus habitantes. La forma en que pretende realizar esta explicación el defensor de la teoría modal lingüística es mediante conjuntos de oraciones. Los objetos posibles no actuales serán aquí explicados como meros «nombres», tal como los mundos posibles son explicados como «relatos completos». Ahora bien, ¿qué es lo que nombran esos nombres? La respuesta es «objetos posibles», pero esto es lo que queremos explicar desde un principio. No se aclara en qué sentido pueden los «nombres» de Roy ser nombres si no se aclara qué es lo que nombran, pero para esto requerimos una explicación independiente de qué son los objetos posibles no actuales. Si tuviésemos tal explicación, la teoría modal lingüística estaría de más. Si no tenemos tal explicación, entonces no queda para nada de claro cómo es que merecen el título de «nombres» los elementos introducidos por Roy.

En resumen, pretender resolver el problema de los *possibilia* mediante un conjunto de nombres adicionales es simplemente poner un rótulo a un misterio. Los «nombres» de Roy son nombres vacíos que no denotan nada. ¿Cómo van a realizar tareas semánticas? Podría alguien decir aquí que bastaría que tuviesen algún tipo de «contenido», algo así como el *Sinn* fregeano, para que puedan efectuar una contribución inteligible en las oraciones en que ocurran. El problema que tiene esto es que ese «contenido» no parece poder ser especificado si no es mediante una descripción o un conjunto de descripciones. Los nombres vacíos serían abreviaturas de descripciones no satisfechas actualmente. Sin embargo, una descripción o un conjunto de descripciones no permiten discriminar entre entidades posibles no actuales indiscernibles entre sí que, por definición, satisfacen las mismas descripciones. Es precisamente porque tenemos la fuerte intuición de que hay tales *possibilia* indiscernibles que se requiere suplementar el poder expresivo de los lenguajes incluso lagadonianos. Los

nombres —entendidos de manera descriptiva— claramente no son aptos para resolver esta dificultad.

Lewis ha objetado a un procedimiento de este tipo que no ofrece el grado apropiado de determinación. Mediante un procedimiento de este tipo se puede generar una variación indefinida de mundos posibles diferentes en los que las descripciones sean idénticas pero que varíen sólo por la permutación de nombres que darían cuenta de la variación en el rol que pueden cumplir entidades posibles no actuales indiscernibles. El problema que ve aquí Lewis es que esa variedad de relatos completos es ambigua respecto de las posibilidades envueltas. Si es posible que el rol que ocupa el *possibile* 'a' en el mundo posible  $w_1$  sea intercambiado con el rol que ocupa el *possibile* 'b' en ese mismo mundo, entonces hay un mundo posible  $w_2$  que sólo difiere de  $w_1$  en que donde aparece 'a' en  $w_1$  aparece 'b' en  $w_2$  y donde aparece 'b' en  $w_1$  aparece 'a' en  $w_2$  y viceversa. Esto se verá representado por dos relatos completos en los que los roles de las expresiones  $\langle n, 1 \rangle$  y de  $\langle n, 2 \rangle$  en el relato  $r_1$  se verán intercambiados en el relato  $r_2$ . Esto es, el relato  $r_2$  sólo diferirá del relato  $r_1$  en que donde aparece la expresión  $\langle n, 1 \rangle$  en  $r_1$  aparecerá la expresión  $\langle n, 2 \rangle$  en  $r_2$  y donde aparece la expresión  $\langle n, 2 \rangle$  en  $r_1$  aparecerá la expresión  $\langle n, 1 \rangle$  en  $r_2$  y viceversa. Para Lewis aquí no es posible distinguir qué mundo posible es el que corresponde a qué relato. El relato  $r_1$  podría perfectamente representar  $w_1$  o  $w_2$  (manteniendo que el relato  $r_2$  represente el mundo posible no representado por  $r_1$ ). Cuando se trata de un nombre auténtico que tiene una interpretación conocida, una situación de ambigüedad semejante puede ser determinada pues está dado qué es lo que denota el nombre. Aquí, sin embargo, no hay nada claro sobre qué denotan los «nombres» y, por tanto, no hay ningún motivo por el que el relato  $r_1$  *deba* representar el mundo posible  $w_1$  más bien que el mundo posible  $w_2$ . Debe recordarse aquí que se ha planteado una argumentación con una estructura semejante. Putnam sostuvo que no es posible especificar una correspondencia entre las expresiones de un lenguaje cualquiera y las entidades del mundo, pues, aparte del hecho de que la teoría en cuestión —considerada desde una perspectiva puramente formal— admite una multitud de diferentes interpretaciones que la harían verdadera, no es posible especificar una única interpretación pretendida de sus expresiones, pues cualquier especificación semejante sería sólo «más teoría» sometida, como la teoría original, a una multitud de interpretaciones diferentes<sup>29</sup>. Este argumento general ha sido fuertemente resistido, fundamentalmente porque la interpretación pretendida de las expresiones de nuestros lenguajes no tiene que verse como el fruto de alguna teoría, sino como fruto de la operación objetiva de relaciones causales o de nuestros propios estados intencionales. Por supuesto, si se quieren describir tales relaciones causales o tales estados intencionales, eso se tendrá que hacer mediante alguna teoría, pero no es tal descripción de las conexiones causales o de los estados intencionales lo que

<sup>29</sup> Cf. PUTNAM, H., *Reason, Truth and History*, Cambridge: Cambridge U.P., 1981, 22-48, 217-218; una explicación detallada en ALVARADO, J. T., *Hilary Putnam: el argumento de teoría de modelos contra el realismo*, Pamplona: Eunsa, 2002.

determina la referencia, sino que son las mismas causas o los mismos estados intencionales descritos<sup>30</sup>. Pues bien, debe verse aquí un problema semejante. Existe una pluralidad de relatos completos isomórficos entre sí y un conjunto de situaciones también isomórficas entre sí por lo que respecta a lo que puede ser discriminado mediante nuestras descripciones. ¿Cómo se determina aquí cuál es la correlación «correcta» entre representación de posibilidad y posibilidad representada? Si en el caso general parece que podemos resolver esta cuestión apelando a ciertos mecanismos objetivos para fijar las referencias de los términos de nuestros lenguajes, aquí parece que no tenemos tales recursos, pues los *possibilia* no son entidades con las que podamos tener interacciones causales (ni aún en las teorías más extravagantes) y, por otro lado, mientras no esté suficientemente precisada la naturaleza de las entidades posibles no actuales no se sabe qué podría ser un acto intencional que tiene como objeto tal tipo de entidades. Al decir de Lewis, la multiplicidad ofrecida por el lenguaje fortalecido de Roy sería una «multiplicidad irrelevante»<sup>31</sup>.

La cuestión aquí, sin embargo, es si acaso esto debe tomarse como una deficiencia de fondo de los relatos completos postulados por el defensor de la concepción modal lingüística. Después de todo, las entidades posibles no actuales de que se trata son precisamente entidades indiscernibles por el respecto de qué propiedades universales instancian. En el caso de entidades actuales poseemos recursos indexicales, pero es obvio que tales recursos nos están vedados para el caso de *possibilia*. Cuando se representan, por tanto, las posibilidades en las que están envueltos *possibilia* indiscernibles es natural que la forma en que esto se realizará es mediante estructuras que, en algún sentido, son isomórficas entre sí. Si no fuese así no se trataría realmente de posibilidades indiscernibles. ¿Cuál es aquí, entonces, el problema? ¿Se pretende que las entidades posibles no actuales sean señaladas con el dedo? Eso no puede ser. Tales entidades vendrán dadas por la estructura de los relatos completos en los que entren, de acuerdo a la concepción modal lingüística. Se tiene aquí una pluralidad de relatos que difieren entre sí sólo por la aparición de «nombres» intercambiados. Esto no es una «multiplicidad irrelevante» en la medida en que quede claro que los diferentes «nombres» están representando precisamente la aparición de entidades numéricamente distintas en los diferentes mundos posibles. Cuando Lewis sostiene que las representaciones son ambiguas respecto de la multiplicidad de posibilidades representadas parece estar pensando que —de algún modo— las «posibilidades» en cuestión son entidades que están ahí dadas y que aguardan para ser designadas por nuestros nombres. Esto vale, por supuesto, para su propia concepción modal, pero es obvio que no es aplicable para la concepción modal lingüística ni para ninguna otra teoría modal actualista. Aquí los mundos posibles (y esto es decir, las posibilidades a secas) están identificados con relatos completos, esto es, conjuntos de oraciones. Las entidades posibles no actuales están identifica-

<sup>30</sup> Para una respuesta en este sentido, cf. LEWIS, D., «Putnam's Paradox», en *Papers in Metaphysics and Epistemology*, Cambridge: Cambridge U.P., 1999, 56-77, especialmente 62.

<sup>31</sup> Cf. LEWIS, D., *On the Plurality of Worlds*, 158, 163-164.

das, por tanto, con entidades de carácter lingüístico, esto es, «nombres» del lenguaje en cuestión. No hay «algo» aquí que deba ser el correlato de tales «nombres» y, por tanto, no hay tampoco riesgo de que tales «nombres» estén siendo interpretados de manera incorrecta, representando la posibilidad equivocada. Parece, entonces, que la crítica de Lewis no afecta verdaderamente a la propuesta modal lingüística de Roy, si es que se asume que cada uno de los «elementos» o «nombres» está designando *possibilia* diferentes.

Pues bien, ante esta respuesta, la crítica de Lewis podría aquí ser reformulada del siguiente modo: ¿está realmente claro que los diferentes «nombres» están denotando *possibilia* diferentes? ¿Se puede generar una multiplicidad por «decreto» introduciendo una multiplicidad de nombres en las descripciones? El problema es que realmente no tenemos más recursos para describir una posibilidad en que se den entidades indiscernibles. No se puede entregar una descripción en la que por respectos de carácter universal sean diferenciadas tales entidades que, por definición, no tienen respectos de carácter universal diferentes. Sólo podemos expresar tal posibilidad mediante «nombres» que la designen o representen. Si realmente fuese necesario expresar tales situaciones mediante descripciones, entonces ni siquiera sería posible entender tales situaciones (después de todo, artículos como el de Max Black han sido exitosos en expresar tales situaciones de indiscernibilidad y nosotros en comprender lo que él ha expresado). No parece, por tanto, que esto sea realmente una dificultad para las teorías modales lingüísticas y, en particular, para la teoría de Roy.

Resulta, entonces, que la principal dificultad que parece afectar a Roy es la postulación de «nombres» cuando realmente no los tiene.

## 2.2. La teoría de Melia

Una segunda propuesta de solución para las capacidades expresivas del lenguaje lagadoniano ha sido presentada por J. Melia<sup>32</sup>. La solución propuesta por Melia tiene mucha semejanza con la de Roy, pero difiere de ésta en un aspecto crucial: Melia parte destacando lo extraño que resulta designar como «nombres» a algo que no tiene denotación y que, por lo demás, tampoco tiene asociado un contenido descriptivo característico.

«Aunque simpatizo con la forma de la propuesta de Roy, esta explicación es insatisfactoria. Después de todo, en cuanto 'b' es un término singular vacío, y en cuanto no se ha dado un sentido a las nuevas constantes, no sé qué significa una historia 'de acuerdo a la cual b ocupa el rol x'. Por tanto, no comprendo cómo generalizar sobre 'b' para llegar a la conclusión deseada»<sup>33</sup>.

La cuestión para Melia es cómo desarrollar capacidades de expresión para un lenguaje sin la introducción de los nombres 'fantasma' de Roy. Melia apela

<sup>32</sup> Cf. MELIA, J., *Reducing Possibilities to Language*, especialmente 25-28; también MELIA, J., *Modality*, Chesham: Acumen, 2003, 155-172.

<sup>33</sup> MELIA, J., *Reducing Possibilities to Language*, 24.

a un ejemplo. Supóngase que un museo edita un catálogo de las obras pictóricas que posee pero no puede hacer un catálogo a color sino sólo en blanco y negro. Las pinturas representadas tienen todo tipo de colores en todo el espectro cromático y el catálogo sólo dispone de los diferentes grados de gris para representarlas. Aquí el catálogo sigue teniendo valor como fuente de información sobre las pinturas, pues aunque los colores no aparecen en sus imágenes, sí existe una correlación entre los diferentes colores y los diferentes tonos de gris. Así, si dos pinturas aparecen en el catálogo con un área en el mismo tono de gris, se sabe que esas pinturas tienen en esas áreas el mismo color. El lector del catálogo no sabe qué color exactamente es el que está siendo representado, pero sabe que se trata de un color diferente al de las otras áreas y que se trata del mismo color que aparece en otras pinturas. Por ejemplo, sean dos pinturas con la misma forma: una con los tres cuartos superiores en color claro y el cuarto inferior oscuro, y la otra con el mismísimo tono claro en el cuarto inferior y los tres cuartos superiores en el mismo tono oscuro. Las representaciones de estos cuadros en el catálogo las presentarán sólo en tonos de gris. Al ver el catálogo se podrá dar cuenta el lector que se trata de pinturas con la misma forma en las que la única diferencia es que los colores han sido invertidos. Nuevamente, el lector no sabrá qué color corresponde a cada tono de gris, pero sí sabe que el color del área superior de la primera pintura es el color de la parte inferior de la segunda pintura. Apunta ahora Melia:

«Lo que puede ser hecho por el catálogo puede ser hecho por el defensor del ersatzismo lingüístico. Así como la aparición de un tono particular de gris en diferentes imágenes representa el mismo color a través de las pinturas, así también la aparición de una entidad particular en diferentes oraciones puede representar el mismo objeto o propiedad entre diferentes posibilidades»<sup>34</sup>.

La idea general, entonces, es introducir algún conjunto de entidades que puedan cumplir las funciones de representación ausentes en un lenguaje lagadoniano. Melia está consciente de las dificultades que tendría designar estas entidades como «nombres», por lo que debe buscarse otra cosa.

«Para implementar esta idea sólo necesitamos seguir la propuesta de Roy. Introducimos dos nuevos conjuntos de constantes en nuestro lenguaje, que llamaré *píxeles* (*pixels*), pues están designados para cumplir las funciones que eran realizadas por los tonos de gris que aparecían en el catálogo arriba. Adoptamos la convención de que las oraciones que contienen estos píxeles extra son interpretadas como oraciones cuantificadas existencialmente. Así, de acuerdo con la oración  $\langle \phi, a \rangle$  (en donde  $\phi$  es un píxel), el objeto  $a$  instancia alguna propiedad que no está instanciada actualmente. Esto no es suficiente, sin embargo. Después de todo, por lo que hemos dicho, de acuerdo con la historia  $[\langle \phi, a \rangle, \langle \phi, b \rangle]$ , alguna propiedad no actual es instanciada por  $a$  y alguna propiedad no actual es instanciada por  $b$ . Podemos beneficiarnos del hecho de que el mismo píxel aparece en diferentes lugares en la historia para decir que los píxeles traen consigo información extra, pues podemos decir que cuando el mismo píxel apa-

<sup>34</sup> MELIA, J., *Reducing Possibilities to Language*, 26.

rece dos veces en una historia, representa a la misma entidad no actual, y cuando diferentes píxeles aparecen en la misma historia ellos representan entidades no actuales diferentes. Equipados con esta interpretación podemos ahora decir que, de acuerdo con la historia [ $\langle \phi, a \rangle, \langle \phi, b \rangle$ ],  $a$  instancia una propiedad no actual,  $b$  instancia una propiedad no actual, y ellos instancian la misma propiedad no actual»<sup>35</sup>.

La forma en que se presenta aquí la propuesta de Melia es referida directamente a la representación de propiedades extranjeras, pero el mismo procedimiento podría efectuarse para la representación de individuos posibles no actuales. En vez de nombres y predicados se tienen aquí píxeles. Estos píxeles introducidos por Melia son análogos a los tonos de gris de un catálogo que pretende representar pinturas de muchos colores, porque toda la información que los píxeles entregan sobre las posibilidades de que dan cuenta es que aparecen en tales posibilidades entidades posibles no actuales (objetos o propiedades) y que lo representado por cada uno de esos píxeles es diferente a lo representado por los restantes píxeles, de la misma manera que los tonos de gris en el catálogo representan algún color y los diferentes tonos de gris representan diferentes colores a lo largo del catálogo.

Ahora, sin embargo, aparece un problema análogo al que afecta a la teoría de Roy respecto de los «nombres» vacíos introducidos. En la imagen general presentada por Melia pareciera darse por supuesto que hay un dominio constituido de entidades posibles no actuales y que los píxeles sólo tienen que representarlos en las oraciones. Parte central de la motivación de la teoría modal lingüística es precisamente dispensarse del compromiso con tal dominio de entidades. La teoría modal lingüística no quiere compromisos ontológicos más que con un lenguaje. Las entidades posibles no actuales, si es que han de tener algún lugar en nuestra ontología, sólo pueden ser introducidas como expresiones de ese lenguaje. Ahora bien, un conjunto de nombres para las entidades del mundo actual es algo perfectamente comprensible. Están ahí dadas las entidades. Las expresiones las nombran. Pero, ¿qué función semántica cumplen los píxeles de Melia? ¿Qué representan? Parece muy sencillo apelar a un conjunto de todos los píxeles con sus interpretaciones fijadas, pero para esto necesitamos algo con respecto a lo cual tales píxeles sean interpretados. Y no hay tal para el defensor de la teoría modal lingüística. ¿En qué sentido puede, entonces, él sostener que los píxeles tienen de entrada sus interpretaciones «fijadas»? Por supuesto, si el dominio de lo modal estuviese dado con independencia a las construcciones lingüísticas, esto no ofrecería ninguna dificultad, pero no hay tal dominio de lo modal constituido con prioridad a las construcciones lingüísticas. De algún modo, si se quiere, las entidades posibles (tomadas aquí como «píxeles») tienen que ser «ladrillos» previos a la construcción de la totalidad de mundos posibles y no un «producto» de estos. Introducir «nombres» o «píxeles» en el lenguaje lagadoniano para operar como representaciones de objetos posibles no actua-

<sup>35</sup> MELIA, J., *Reducing Possibilities to Language*, 26.

les es sólo poner un nombre al misterio. Mientras no se haya precisado qué es exactamente un «píxel» y qué función semántica es la que debe cumplir, ésta propuesta no mejora ni un ápice lo hecho por Roy.

### 3. EL PLURIVERSO LINGÜÍSTICO

La tercera propuesta reciente que va a ser aquí considerada es la de Theodor Sider<sup>36</sup>. Sider ha tomado en consideración los trabajos anteriores de Roy y Melia, pero su estrategia es bastante diferente, pues mientras las concepciones lingüísticas tradicionales trataban de entregar un relato completo por cada mundo posible, Sider propone una sola gran oración infinitaria en la que vienen dados todos los mundos posibles. La cuestión central es que sólo cuando se «conectan» entre sí los diferentes mundos posibles en esta gran oración —denominada por Sider, el «pluriverso lingüístico»— pueden resolverse de manera adecuada los problemas de indiscernibilidad. Sider, por lo demás, no utiliza «nombres» o «píxeles» extra para añadir al lenguaje lagadoniano, como lo han hecho Roy y Melia, sino que hace apelación a la herramienta ordinaria de la cuantificación.

«La teoría que propongo se separa radicalmente del ersatzismo lingüístico. Me deshago de los mundos e individuos ersatz para la reducción del discurso modal y, en cambio, utilizo un solo *pluriverso ersatz*, una sola entidad abstracta que representa la totalidad de mundos e individuos posibles de una sola vez»<sup>37</sup>.

Esto es, mientras que en las concepciones lingüísticas tradicionales se busca una reducción en la que a cada mundo posible se le busca una entidad subrogante, aquí —en cambio— se busca una única entidad para representar a todos los mundos posibles. La oración del pluriverso tiene, en general, esta forma:

«Hay mundos  $w_1, w_2, \dots$ ; hay propiedades y relaciones  $P_1, P_2, \dots$  diferentes de las siguientes propiedades y relaciones actuales:  $\dots$ ; y hay individuos posibles  $x_1, x_2, \dots$  diferentes de los siguientes individuos actuales:  $\dots$ , tal que:  $\dots$ ».

A continuación de esta secuencia de cuantificadores se encuentran cláusulas unidas conjuntivamente en las que se especifica lo que acaece en cada uno de los mundos posibles  $w_1, w_2, \dots, w_n$  sobre los que se ha cuantificado. En cada una de tales cláusulas conjuntivas se especifica, por ejemplo, que ' $x_1$  está en  $w_1$  y posee la propiedad  $P_1$ , y...'. Si en las presentaciones lingüísticas usuales,  $\langle p \rangle$  es verdadera si y sólo si existe un relato completo  $r_n$  tal que  $r_n$  implica  $p$ , en la concepción de Sider resulta que  $\langle p \rangle$  es verdadera si y sólo si el único gran relato sobre todos los mundos posibles, esto es, el relato del pluriverso u oración del pluriverso, implica  $p$ . El procedimiento de Sider permitiría resolver la cuestión

<sup>36</sup> Cf. SIDER, TH., *The Ersatz Pluriverse*.

<sup>37</sup> SIDER, TH., *The Ersatz Pluriverse*, 287.



sobre entidades, sean objetos, eventos o propiedades, indiscernibles entre sí. Si se recuerda, la dificultad consistía en las limitaciones expresivas del lenguaje lagadoniano para dar cuenta de posibilidades que envuelven a entidades que satisfacen exactamente las mismas descripciones. Como no hay nombres para designar entidades posibles no actuales, éstas sólo pueden venir dadas en los relatos completos mediante descripciones adecuadas, y no importa lo detallada que sea una descripción para introducir una entidad, siempre podrá existir otra entidad diferente de la primera que satisfaga exactamente la misma descripción. En efecto, el problema en las concepciones usuales —al menos según la presentación de Sider— es que en las construcciones lingüísticas usuales se especificaba sólo lo que sucede en cada mundo posible, en una secuencia que tendría esta forma:

$$\begin{aligned} \exists w_1: [En w_1 \exists x Fx] \\ \exists w_2: [En w_2 \exists x Gx] \\ \dots \end{aligned}$$

Las especificaciones sólo alcanzan al mundo posible en el que son efectuadas. En el mundo posible  $w_1$  sólo se dice que algo cae bajo  $F$  y en el mundo posible  $w_2$  sólo se dice que algo cae bajo  $G$ , pero —en principio— no es posible determinar que el objeto de  $w_1$  que cae bajo  $F$  es o no el mismo objeto que cae bajo  $G$ . Explica Sider:

«Pero entonces un mundo ersatz no puede hacer aseveraciones sobre un individuo particular no actual representado en otro, pues las variables para los individuos no actuales estaban ligadas a cuantificadores que ocurrían sólo *al interior* de los mundos ersatz»<sup>38</sup>.

La solución propuesta por Sider, entonces, es ampliar al máximo el alcance de los cuantificadores ligando a las variables de individuos y propiedades. Esto obliga a conectar todas las construcciones lingüísticas en las que venían representados separadamente cada uno de los mundos posibles en una sola gran oración de esta forma:

$$\exists x_1 \exists x_2 \dots [(En w_1 Fx_1) \wedge (En w_2 Gx_2) \wedge \dots]$$

Supóngase que en  $w_1$  un objeto posible no actual  $x_1$  cumple el rol  $R_1$  y otro objeto posible no actual  $x_2$  cumple el rol  $R_2$ . En el mundo posible  $w_2$ , sin embargo,  $x_1$  cumple el rol  $R_2$  y  $x_2$  cumple el rol  $R_1$ . ¿Cómo se representa esto en una oración de pluriverso? La oración de pluriverso partirá fijando mediante cuantificadores los mundos y los objetos posibles en esos mundos y luego indicará cómo es que se produce el intercambio de roles. La forma general de la oración sería la siguiente:

$$\begin{aligned} \exists w_1 \exists w_2 \exists x_1 \exists x_2 [(En w_1: (x_1 \text{ cumple el rol } R_1) \wedge (x_2 \text{ cumple el rol } R_2)) \wedge \\ \wedge (En w_2: (x_1 \text{ cumple el rol } R_2) \wedge (x_2 \text{ cumple el rol } R_1))] \end{aligned}$$

<sup>38</sup> SIDER, TH., *The Ersatz Pluriverse*, 289.

El mismo procedimiento se podría utilizar para la determinación de propiedades o relaciones indiscernibles respecto al rol nómico que cumplan en diferentes mundos. La propuesta de Sider, por tanto, pareciera capaz de distinguir a diferentes entidades posibles no actuales sin necesidad de que estas entidades sean «señaladas» más que mediante lo que aparece en la descripción. Si realmente hay entidades diferentes que satisfacen las mismas descripciones ello es algo que quedará de manifiesto por la misma estructura de la oración de pluriverso<sup>39</sup>. Tal como se puede apreciar, se trata de la teoría modal lingüística más sofisticada presentada hasta este momento. La solución de Sider es, también hay que decirlo, simple y elegante, lo que la hace especialmente atractiva.

Se puede apreciar de inmediato, sin embargo, que para la viabilidad de la propuesta de Sider se requiere que tengan sentido las cuantificaciones iniciales con las que se abre la oración de pluriverso. En efecto, esta oración parte con una serie infinita de cuantificaciones existenciales del tipo «hay objetos  $x_1, x_2, \dots$  y hay propiedades  $P_1, P_2, \dots$ », etc. El defensor de la concepción modal lingüística es un realista modal que pretende conseguir la constitución de estados de cosas apropiados para garantizar condiciones de verdad definidas para todas las oraciones modales. Si esto es así, entonces, la oración de pluriverso no puede ser simplemente una mera convención, en este caso, la convención por la que se atribuye un valor de verdad a los enunciados modales. La atribución de los valores de verdad sería entonces completamente arbitraria y no estaría reflejando realmente rasgos modales objetivos del mundo. Si la oración de pluriverso, entonces, realmente pretende estar dando cuenta de los hechos modales más profundos (hechos que no dependen de nosotros), entonces las cuantificaciones con las que se abre la oración de pluriverso no pueden ser tomadas como una mera ficción. No puede resultar que, finalmente, el espacio de las posibilidades ontológicas sea un simple producto de nuestras capacidades imaginativas o de nuestras capacidades de concebir. La oración de pluriverso dice que hay entidades no actuales —objetos y propiedades— que habitan diferentes mundos posibles y que difieren entre sí, ya sea por satisfacer diferentes descripciones en esos mundos o ya sea porque son simplemente diferentes<sup>40</sup>. Es obvio que el defensor de la concepción modal lingüística quiere «reducir» la modalidad a un relato (como sucede aquí con la oración de pluriverso) o un conjunto de relatos (como sucede en las concepciones lingüísticas tradicionales), pero no basta con cualquier relato. Uno podría hacer relatos incoherentes de diferentes maneras o relatos formalmente coherentes que no fuesen aceptables por otros motivos, como uno que dijese que «hay una superficie verde y roja toda entera al mismo tiempo». La ora-

<sup>39</sup> Sider desarrolla en detalle su propuesta formalmente. Estos aspectos formales no serán discutidos aquí. Cf. *The Ersatz Pluriverse*, 290-307.

<sup>40</sup> Por supuesto, el recurso de la cuantificación y de la identidad permite afirmar que, por ejemplo, hay al menos dos objetos diferentes:  $[\exists x_1 \exists x_2 (x_1 \neq x_2)]$ ; o que hay sólo dos objetos:  $[\exists x_1 \exists x_2 \forall x_3 ((x_1 \neq x_2) \wedge ((x_3 = x_1) \vee (x_3 = x_2)))]$ . Esto vale para un número  $n$  cualquiera de entidades, con independencia de las descripciones que esas entidades puedan satisfacer.

ción de pluriverso debe ser «adecuada» en este sentido. Si es así, entonces las cuantificaciones con las que se abre deben también ser «adecuadas».

Pues bien, ¿qué motivos existen para pensar que estas cuantificaciones son adecuadas? Están diciendo que hay un conjunto de objetos y propiedades no actuales y que podemos llamar posibles. Es más, se pretende que la oración de pluriverso *es* lo que constituye el espacio de todas las posibilidades en las que se encuentran todos los objetos y propiedades, sean actuales o meramente posibles. Por supuesto, si existiese desde ya un dominio modal objetivo de mundos posibles con sus habitantes, esto no presentaría ninguna dificultad especial. Los cuantificadores estarían rigiendo sobre ese dominio de entidades. Pero aquí no hay tal cosa. Los cuantificadores por sí mismos son los que —en principio— deberían ser la fuente de ese dominio de entidades. Debemos todos aceptar que hay objetos y propiedades posibles no actuales porque así lo dice la oración de pluriverso. Es justo, sin embargo, que aquí uno proteste y se exija una razón por la que deba otorgarse semejante autoridad ontológica a una oración, que es una oración como cualquier otra. Esto es, ¿por qué debemos creer que los hechos modales son los que se siguen de *esa* oración y no de otras tantas que pudiese formular cualquiera? Después de todo, también hay oraciones de pluriverso diciendo —por ejemplo— que «hay un Dios bueno y otro malo que crean todos los mundos posibles», o que «los mundos posibles provienen todos de una gran tortuga», o «de los poderosos músculos de Atlas». ¿Qué hay de tan particular en la oración de pluriverso correcta por la que ella es la medida de las cuestiones modales en cielos y tierra?

Este problema, como se puede apreciar, no es realmente un problema especial de la concepción lingüística de Sider. Otro tanto podría sostenerse de cualquier otra propuesta modal lingüística, pero aquí parece manifestarse con mayor claridad. La metafísica modal pretende dar una explicación acerca de la naturaleza de los estados de cosas que hacen determinadamente verdaderas o falsas a nuestras oraciones modales. El punto de partida de esta exigencia explicativa es nuestra intuición de que realmente no es una proyección de nuestra imaginación qué cosas sean posibles o imposibles. El defensor de la concepción modal lingüística pretende aquietar nuestra inquietud ontológica ofreciendo una oración de pluriverso con cierta estructura particular (o un conjunto de oraciones en las propuestas tradicionales: el punto es el mismo) y nos explica que las posibilidades e imposibilidades son lo que está implicado por la oración de pluriverso. Es justo que se exija de él que nos justifique qué es lo que hace tan especial a una oración. En circunstancias ordinarias uno puede discriminar entre una oración que dice que «Napoleón era corso» y otra que dice que «Napoleón era argentino». Una es verdadera y la otra es falsa. Los hechos objetivos discriminan por nosotros. Pero aquí, en principio, no sucede tal cosa. ¿Cómo se discrimina entonces?

Parece, entonces, que sencillamente las oraciones de pluriverso (o los simples relatos completos) no se discriminan entre sí. No hay ningún criterio interno por el que puedan separarse los corderos de los cabritos. Por supuesto, el

defensor de la concepción lingüística tiene relativamente claros los hechos modales, tal como cree tenerlos relativamente claros el resto de la humanidad, y a esa concepción modal subyacente tratará de hacer adecuada su construcción de pluriverso o de lo que sea. Pero es justamente una explicación de esa concepción modal lo que se está buscando de él. Aquí, un conjunto de cuantificadores diciendo que hay tales y cuales cosas no hacen aparecer de la nada, por sí mismos, un conjunto de cosas sobre las que rigen tales cuantificadores, de la misma manera que no lo hacen «nombres extra» o «píxeles» o lo que sea. No hay magia y una oración de pluriverso no es un sortilegio. Si es un misterio la postulación usual de entidades posibles no actuales, la cuantificación sobre tales entidades no disipa en lo más mínimo el misterio.

### 3. CONCLUSIONES

Se han presentado las dificultades principales contra las concepciones modales lingüísticas presentadas hasta este momento. Estas dificultades son fundamentalmente dos, la que proviene del hecho de descansar en modalidades no analizadas y las dificultades para distinguir entre individuos indiscernibles. Es la segunda de estas dificultades la que ha tendido a concentrar la mayoría de los esfuerzos sistemáticos de los defensores de la concepción modal lingüística. Se han discutido tres de estas propuestas recientes, las de Roy, Melia y Sider.

Roy pretende resolver el problema acerca de la capacidad expresiva de los lenguajes en los que deben venir expresados los relatos completos mediante la adición a esos lenguajes de un conjunto de nombres extra. Se ha sostenido aquí, sin embargo, que esto no permite resolver la cuestión de fondo, pues no tenemos claridad sobre qué función semántica puedan cumplir tales nombres. De acuerdo a la concepción generalmente aceptada sobre la semántica de nombres propios (y comunes), los nombres extra de Roy sencillamente no son nombres de ningún modo.

Melia, por su parte, estando consciente de esta dificultad, pretende resolverla con la introducción de lo que llama «píxeles». Los píxeles no son nombres y deberían cumplir la función de representar a entidades posibles no actuales. La dificultad que afectaba a la posición de Roy reaparece aquí, sin embargo. En efecto, los píxeles deberían cumplir la función semántica de un nombre, pero no tenemos ninguna claridad sobre cómo podrían cumplir tal función si es que no están denotando nada. El que en vez de «nombres» se hable aquí de «píxeles» no mejora la situación en lo más mínimo. Por supuesto, la situación se aclararía si es que por criterios independientes pudiésemos señalar un dominio de entidades posibles con los que interpretar los píxeles, pero precisamente se han pretendido introducir los píxeles en primer lugar para constituir el dominio de hechos modales objetivos.

Por último, Sider pretende resolver el problema de las capacidades expresivas con el ingenioso recurso a una sola gran oración infinitaria en la que ven-

drían dados todos los mundos posibles. Las entidades posibles no actuales vienen aquí dadas por cuantificadores que se encuentran al principio de la gran oración de pluriverso. Nuevamente aquí, sin embargo, recurre una dificultad análoga a la que surgía en los casos de Roy y de Melia. Si la oración de pluriverso ha de ser inteligible como la oración que entrega los hechos modales objetivos, entonces debe haber algo sobre lo que los cuantificadores que aparecen ahí estén rigiendo. Pero no puede haber tal, pues se supone que lo que se contiene en la oración de pluriverso es el conjunto de hechos modales objetivos.

En resumen, en todas las concepciones modales lingüísticas ha surgido una dificultad de fondo. Si se pretenden «reducir» los hechos modales a lenguaje y se pretende sostener al mismo tiempo una visión realista de los hechos modales, entonces habrá que explicar por qué ciertas fórmulas son preferibles a otras, y esto no es algo que parece que se pueda hacer sin hacer apelación a hechos modales independientes de las construcciones lingüísticas. Así, pareciera que el programa general de las reducciones modales lingüísticas adolece de un problema sustantivo y no es claro que tenga alguna solución. Esto hace razonable pensar en la viabilidad de otras teorías alternativas en la explicación de los hechos modales.

Instituto de Filosofía  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Avda. El Bosque 1290. Viña del Mar (Chile)  
jose.alvarado.m@ucv.cl

JOSÉ TOMÁS ALVARADO MARAMBIO

[Artículo aprobado para publicación en noviembre de 2007]

